

»¿Por qué hacemos la guerra los Aquivos
 »á los Teucros? ¿Por qué tan numerosa
 »hueste juntó el Atrida, y desde Acaya
 »á Troya la condujo? ¿No es Elena
 »la causa? ¿Y por ventura los Atridas
 »son los solos de todos los mortales
 »que aman á sus mujeres? No hay un hombre
 »bondadoso y sensato que á la suya
 »no quiera y no la cuide; y yo á Briséida,
 »aunque era mi cautiva, amaba tierno.
 »Y pues él de las manos, atrevido,
 »me la quitó, faltando á su palabra,
 »no ya espere engañarme: le conozco,
 »y no cederé fácil á su ruego.
 »Así, Ulises, contigo busque ahora
 »y con los otros Príncipes el modo
 »de librar á las naves del incendio
 »con que las amenaza el enemigo.
 »Ya, sin mí, grandes obras ha acabado:
 »un muro ha construido, y ancho foso
 »ha abierto en derredor y puntiagudas
 »estacas ha clavado en las orillas,
 »y ni aun con tales fortalezas puede
 »ya de Héctor resistir á la pujanza.
 »Mientras yo entre los Griegos combatia,
 »jamás quiso trabar léjos del muro
 »ese Héctor la batalla, y solamente
 »á las puertas Esceas acercarse
 »y al haya se atrevió, y un solo día
 »que osó esperarme allí, con gran trabajo
 »logró salvarse en pavorosa fuga.
 »Ahora ya que pelear no quiero
 »con el troyano campeón; mañana,
 »después de hacer á Jove sacrificios
 »y á los númenes todos, de riqueza
 »mucho cargadas á la mar undosa
 »lanzarán los Mirmídones sus naves;
 »y tú verás, si quieres y te curas
 »de saber la verdad, que mis bajeles,
 »luego que empiece á clarear la aurora,
 »del Helesponto surcan la llanura
 »por ágiles remeros impelidos.
 »Y si feliz navegacion me diere
 »el potente Neptuno, al tercer día
 »á los fértiles campos de mi patria
 »habré llegado. Allí grandes tesoros
 »tengo, que abandoné cuando de Phtia
 »en mal hora salí para esta playa;
 »y más oro de aquí, y oscuro bronce,
 »y reluciente hierro, y muy hermosas

»cautivas llevaré que me tocaron
 »por suerte; pues la esclava que me diera
 »en premio del valor el mismo Atrida,
 »me ha robado después con insolencia.
 »Decidle, pues, y que lo escuchen todos,
 »para que en justa cólera se inflamen
 »también los otros Griegos al oírlo,
 »sí como siempre de pudor desnudo
 »engañar á algún otro de los Dánaos
 »él esperase aún; porque á mi nunca,
 »aunque impudente sea, cara á cara
 »se atreverá á mirar. Decidle, os pido,
 »que ni con mis consejos ni mi brazo
 »jamás le ayudará; que si doloso
 »me engañó y ofendió, ya más no espere
 »engañarme otra vez con sus palabras;
 »basta una sola: que á su mala estrella
 »abandonado acabe, pues que Jove
 »le quitó la razón: que yo aborrezco
 »sus dádivas, y miro su persona
 »como la de un esclavo. Aunque me diera
 »diez veces, veinte veces, otro tanto
 »como tiene, ó tener podrá algún día,
 »ni la riqueza toda que en el puerto
 »de Orcómeno las naves desembarcan,
 »ó la que yace oculta en los palacios
 »de Tébas la de Egipto, la famosa
 »ciudad de las cien puertas, por las cuales
 »á la lid salen veinte mil guerreros,
 »cada dos con su carro y sus bridones;
 »y tanto oro me diese como granos
 »hay de arena en el mar ó tiene el polvo,
 »mi cólera calmar no espere nunca,
 »hasta que de la afrenta que en mi pecho
 »derramó la amargura haya pagado
 »la pena que merece. ¡Yo casarme
 »de Agamenon con una de las hijas!
 »Aunque en la gentileza y hermosura
 »con Vénus compitiese, y en labores
 »de manos con Minerva se igualase,
 »su mano yo jamás aceptaría.
 »Escoja entre los Dánaos otro yerno
 »que le convenga, y poderoso impere
 »sobre reino mayor. Si las Deidades
 »la vida me conservan y á mi casa
 »logro volver, me buscará Peleo
 »otra doncella para esposa. Hay muchas
 »en Hélade y en Phtia, nobles hijas
 »de esclarecidos Reyes que gobiernan
 »ricos Estados, y será mi esposa

»de todas ellas la que yo eligiere.
 »Allí es donde mi espíritu desea
 »en plácido y legítimo himeneo
 »gozar de las riquezas que mi padre
 »llegó á juntar en dilatados años.
 »Vale mi vida más que los tesoros
 »que tenía Ilion, según es fama,
 »en los tiempos de paz, antes que guerra
 »las naves de la Acaya le trajesen,
 »y los que dentro del umbral de mármol
 »encierra el templo que el augur Apolo
 »tiene sobre las peñas escarpadas
 »de la famosa Pito. No es difícil
 »ganar en lides corpulentos bueyes
 »y de ovejas rebaños numerosos,
 »trípodes y tostados alazanes;
 »pero el alma del hombre, si ha salido
 »una vez de los labios, no se gana
 »á fuerza de valor, ni se conquista,
 »ni ya es posible que de nuevo torne
 »al corazón. Mi madre me ha enseñado
 »que dos caminos á la triste muerte
 »me pueden conducir. Si permanezco
 »en torno á la ciudad de los Troyanos
 »combatiendo, la vuelta á mis hogares
 »me está negada; pero gloria eterna
 »tengo segura. Si al país nativo
 »torno, se acabará mi nombradía;
 »pero en largo vivir será muy tarde
 »cuando yo baje á la región oscura.
 »Así, á los otros Dánaos el consejo
 »daria yo de que á la Grecia todos
 »en las naves tornaran. No ya esperen
 »ver arruinada la soberbia Troya;
 »que su mano sobre ella extendió Jove,
 »y valor en sus tropas ha infundido.
 »Id y á todos los Príncipes de Acaya
 »mi respuesta llevad, ya que por ellos
 »habeis sido enviados, porque vean
 »si un arbitrio mejor hallarse puede
 »para salvar las naves y las tropas;
 »que mucho se engañaron, si esperaban
 »que fácil yo la ofensa olvidaría.
 »Quédese Fénix á pasar la noche
 »en la tienda conmigo, y en mis naves
 »se embarcará mañana, si quisiere,
 »para volver á Grecia: mal su grado
 »no pretendo obligarle á que me siga.»
 Así dijo, y quedaron en silencio
 todos sin replicarle, y abatidos

al oír su discurso, porque firme
 y resuelto á ayudarles se negara.
 Al fin tomó la voz el respetable
 anciano Fénix, y vertiendo tiernas
 lágrimas y suspiros exhalando,
 porque mucho temía por las naves
 de los Aqueos, á su alumno dijo:
 «¡Aquiles generoso! Si en el alma
 tienes resuelto ya volver á Phtia,
 y á libertar te niegas los bajeles
 del fuego destructor, porque terrible
 ira y rencor tu corazón inflaman,
 ¿cómo de tí apartado, oh hijo mío,
 y solo, yo quedar aquí pudiera?
 Que contigo á la guerra yo viniese
 quiso tu anciano padre cuando á Troya
 con el hijo de Atreo te enviaba,
 siendo joven aún y no versado
 en batallas campales, ni en las juntas
 donde se hacen ilustres los guerreros;
 y mucho me encargó que te enseñase
 á ser buen orador y valeroso
 combatiente. Por eso no quisiera
 que solo me dejases, hijo mío.
 No: ni aunque el mismo Dios me prometiese,
 depuesta la vejez, restituirme
 á los primeros juveniles años
 que yo tenía cuando el patrio suelo
 de Hélade abandoné la vez primera,
 huyendo del rigor y la venganza
 de mi padre Amintor, hijo de Ormeno.
 Á una de sus esclavas el anciano
 amaba tiernamente, y desdeñoso
 á su esposa olvidaba y madre mía;
 y ésta, celosa, en incesante ruego
 me pidió que de amores requiriese
 á la cautiva yo, porque enojoso
 el cariño la fuese del anciano.
 Obedecí á su voz; pero advertido
 de ello mi padre, maldición horrenda
 me echó, las furias invocando tristes,
 de que jamás un nieto se sentase
 en su rodillas que de mí naciera;
 y Júpiter Estigio y la terrible
 Proserpina le dieron que cumplidos
 fueran sus votos; é irritado viendo
 á mi padre, vivir en su morada
 insufrible me fué desde aquel día,
 y resolví ausentarme. Pero muchos
 deudos y amigos con ardientes ruegos,

»siempre en torno de mí, solicitaban
 »detenerme, convites celebrando
 »en que robustos numerosos bueyes
 »caían muertos, y sabrosas carnes
 »de cerdos extendidas sobre el fuego
 »se asaban, y abundante y oloroso
 »vino de las tinajas del anciano
 »se bebía. Á mi lado nueve noches
 »pasaron y por turno me guardaban,
 »sin que jamás el fuego se apagase;
 »que una hoguera en el pórtico espacioso
 »de la alta cerca ardía, y en el átrio
 »de mi cámara, enfrente de la puerta,
 »otra ardía también. Cuando llegada
 »fué la décima noche tenebrosa,
 »de la cámara yo, rota la firme
 »puerta, salí; y saltadas las paredes
 »de la alta cerca ya sin que me vieran
 »ni los que me guardaban ni las muchas
 »esclavas de mi padre, de aquel suelo
 »para siempre salí. Y atravesando
 »de Hélade las llanuras espaciosas,
 »llegué á la fértil Phtia y á la casa
 »del Rey Peleo, y con afable rostro
 »me recibió, y me amaba como suele
 »un padre cariñoso amar al hijo
 »que, siendo de su amor única prenda,
 »heredar debe su riqueza un día.
 »Y me colmó de bienes, y vasallos
 »numerosos me dió, y en los confines
 »de Phtia yo habitaba, gobernando
 »la nación de los Dólopes. ¡Aquiles!
 »mira que soy el que de tí ha cuidado
 »desde la infancia hasta la edad madura,
 »amándote cual padre, y cariñoso
 »tú pagabas mi amor. Jamás quisiste
 »ir con otro á convites, y en tu casa
 »la comida gustar, si yo primero,
 »haciéndote sentar en mis rodillas,
 »no dividía en trozos los manjares
 »y te los daba con mi mano, y luégo
 »acercaba á tus labios la bebida;
 »y muchas veces, de la misma boca
 »volviendo el vino, me regaste el pecho
 »y manchaste la túnica. ¡Ah! yo mucho
 »hasta salir de la niñez penosa
 »sufrí contigo, y trabajé no poco,
 »en la dulce esperanza de que un día,
 »ya que airados los Dioses me negaban
 »sucesion, adoptándote por hijo,

»mi amparo y mi consuelo tú serías.
 »¡Ceda á mi ruego tu altivez, Aquiles!
 »Tener un corazón inexorable
 »no te está bien: hasta los mismos Dioses,
 »que tanto á los mortales aventajan
 »en virtud, en honor y en poderío,
 »se dejan aplacar; y cuando el hombre
 »por criminal error la ley olvida,
 »su cólera desarma con el ruego,
 »agradables aromas, tiernos votos,
 »libaciones y víctimas. De Jove
 »las Súplicas nacieron; y aunque tienen
 »débil pié, faz rugosa y corta vista,
 »siempre los pasos á la injuria siguen.
 »Es la injuria robusta y muy ligera
 »de piés, y corre por el orbe entero
 »y á todos se adelanta, y á los hombres
 »daños terribles hace; pero vienen
 »las Súplicas, y el daño que les hizo
 »reparan, aunque tarde. Al que piadoso
 »á las hijas de Júpiter acata,
 »honor ellas conceden y riquezas
 »con larga mano, y favorables oyen
 »sus plegarias y votos. Mas, si alguno
 »las desconoce, y obstinado cierra
 »á su voz el oído, suben tristes
 »al palacio de Jove, y le suplican
 »que de la Injuria acompañado siempre
 »viva el impío, é infeliz acabe
 »de miserias cercado. Así tú, Aquiles,
 »á las hijas de Júpiter no niegues
 »el merecido honor que ya las dieron
 »otros muchos valientes campeones.
 »Si tan ricos presentes el Atrida
 »no te ofreciese ahora y otros muchos
 »para despues también no prometiera,
 »y siempre pertinaz en sus rencores
 »se mostrara, ni yo me atrevería
 »á aconsejarte que, depuesto el odio,
 »á socorrer salieras á los Griegos,
 »aunque en mucho peligro se encontraran.
 »Pero ya ves que numerosos dones
 »te ofrece ahora y de valor no escaso
 »otros promete, y á rogarte envía
 »los primeros caudillos de la Grecia,
 »escogiendo entre todos los Aquivos
 »los que te son más caros, y no debes
 »despreciar su valor y su facundia.
 »Hasta ahora ninguno acusaría
 »tu cólera de injusta: no es lo mismo

»desde este día. Celebradas vemos
 »de los antiguos héroes las hazañas;
 »pero vemos también que si de alguno
 »en ira mucha el corazón ardía,
 »á las dádivas eran accesibles
 »y vencerse dejaban con el ruego.
 »Acuérdome de un caso, no reciente
 »sino bastante antiguo, y referirle
 »quiero como pasó, pues sois vosotros
 »todos amigos míos. Los Curetes
 »y los bravos Etolos guerreaban,
 »y con mutuo furor se destruían
 »de Calidon bajo los altos muros;
 »su ciudad defendiendo los Etolos,
 »la hermosa Calidon, y los Curetes
 »entrarla á fuego y sangre deseando.
 »Esta guerra les vino á los Etolos
 »porque Diana, la temible Diosa,
 »altamente irritada contra Eneo
 »estaba al ver que descuidado había
 »despues de alzar los frutos de la tierra
 »ofrecer las primicias en sus aras.
 »Regalábanse todas las Deidades
 »con hecatombes y á Diana sola
 »no ofreció el sacrificio acostumbrado,
 »ó fuese por error ó por olvido;
 »pero gran falta cometió, y funesta.
 »Que ofendida Diana, hija de Jove,
 »un formidable jabalí á los campos
 »lanzó de los Etolos, que terribles
 »estragos hizo en la heredad de Eneo;
 »porque altísimos árboles frutales,
 »con el cortante cándido colmillo
 »segando la raíz, echó por tierra
 »cuando mostraban en la flor el fruto.
 »Matóle Meléagro, hijo de Eneo,
 »los perros y valientes cazadores
 »de otras muchas ciudades ayuntando,
 »y no con menos gente hubiera sido
 »vencido el jabalí: tan corpulento
 »era, y á tantos á la triste pira
 »hizo subir. Pero encendió Diana
 »entonces entre Etolos y Curetes
 »la discordia y la guerra clamorosa,
 »sobre quien llevaría la cabeza
 »y la cerdosa piel. A los Curetes
 »todo el tiempo que el fuerte Meléagro
 »combatió abandonaba la victoria,
 »y aunque más numerosos, no podían
 »permanecer á vista de los muros;

»pero despues se apoderó del héroe
 »la cólera que el pecho inflamar suele
 »del más cuerdo varón. Y con Altea
 »su madre airado, pelear no quiso,
 »y solitario en su mansión vivía
 »con su esposa, la linda Cléopatra.
 »De la hermosa Marpisa, hija de Eveno,
 »Cléopatra nació, y era su padre
 »Ídas, el campeón más valeroso
 »de todos los guerreros que existían
 »sobre la tierra entonces, y tan bravo,
 »que osó medir sus armas con Apolo
 »por recobrar la esposa que á la fuerza
 »aquel Dios le robó. Y á Cléopatra
 »el sobrenombre de Alción sus padres
 »pusieron, y por él la conocían
 »mientras estuvo en el hogar paterno,
 »en memoria del llanto doloroso
 »que Marpisa vertió cuando robada
 »fué por el rubio Febo. Meléagro
 »estaba, digo, al lado de su esposa
 »devorando el dolor que le causara
 »la imprecación de su iracunda madre;
 »que ésta, muerto el hermano, contra el hijo
 »pidió venganza á los eternos Dioses.
 »Y era tal su furor, que de la tierra
 »asiendo con la mano, ó de rodillas
 »é inundado de lágrimas el seno,
 »á Pluton suplicaba y á la triste
 »Proserpina que al hijo dieran muerte;
 »y la Furia que vaga en las tinieblas,
 »y tiene un corazón inexorable,
 »su plegaria escuchó desde el averno.
 »Dejando, pues, de combatir el héroe,
 »bien pronto los Curetes se acercaron
 »á las puertas con alta gritería
 »y estrépito, y los gruesos torreones
 »ya derribar querían. Los ancianos
 »de los Etolos en aquel peligro
 »á Meléagro humildes suplicaban,
 »y escogidos varones enviaron
 »de entre los Sacerdotes de los Dioses
 »á rogarle que armado á la pelea
 »saliese y alejara al enemigo.
 »Y magníficos dones le ofrecían,
 »á su arbitrio dejando que escogiera
 »donde era más feraz y más ameno
 »de Calidon el campo, deliciosa
 »dilatada heredad que se extendiese
 »á cincuenta yugadas, de las cuales

»la mitad en viñedos consistiera
 »y otra mitad en tierras labrantías.
 »Y hasta el anciano venerable Eneo,
 »entrando en el alcázar suntüoso,
 »á la puerta del tálamo llamaba,
 »y en dolorida voz al iracundo
 »jóven rogaba que á lidiar saliese,
 »y las hermanas y la madre misma
 »tambien le suplicaron, v á los ruegos
 »su rencor no cedia. Los amigos
 »más íntimos y caros, sus plegarias
 »añadieron en fin ; pero entre todos
 »el duro corazon de Meléagro
 »ablandar no pudieron. Los Curetes,
 »escalada la torre, del alcázar
 »ya la sólida puerta en redoblados
 »golpes rompieran, y con fuego ardiente
 »la espaciosa ciudad se disponian
 »á destruir. Entónces al esposo
 »en femenil lamento Cleopatra
 »tiernas súplicas hizo, enumerando
 »cuantas calamidades y desdichas
 »suceden á los hombres cuyo pueblo
 »á viva fuerza el enemigo toma.
 »*Matan á las varones, le decia*
 »*abrasa el fuego la ciudad, y esclavos*
 »*se llevan á los niños y mujeres.*
 »Al escuchar el héroe estas desgracias,
 »se conmovió; y tomando su armadura,
 »salió al combate y de la negra muerte
 »á los suyos libró; pero indignados
 »ellos al ver que á sus clamores sordo
 »sólo cediera del valor nativo
 »al generoso impulso, no le dieron
 »las muchas y opulentas posesiones
 »que ofrecido le habian. Y tú ahora
 »amigo, no así pienses, ni en el pecho
 »igual rencor domine. Mayor daño
 »habria aquí, si cuando ya estuviesen
 »ardiendo los navíos, tú salieras
 »á defender la hueste. Sal, Aquíles,
 »y los dones acepta, y los Aqueos
 »te honrarán al igual de las Deidades ;
 »que si despues, sin que te ofrezcan dones,
 »sales á pelear, iguales honras
 »no te harán, aun habiéndolos salvado.»
 Respondió Aquíles : «¡ Respetable Fénix,
 »segundo padre mio! Esos honores
 »yo no ambiciono: envanecerme puedo
 »de que seré vengado por la mano

»de Jove, y en las naves de la Grecia
 »respetado tambien mientras me dure
 »el aliento vital dentro del pecho
 »y el suelo pise con ligera planta.
 »Y ahora yo te digo, y no se borre
 »de tu memoria, que lloroso y triste
 »no enternecer mi corazon procures
 »en favor del Atrida: no conviene
 »que por amarle tú yo te aborrezca
 »cuando me eres tan caro, y deberias
 »tú con odio mirar al que me ofende.
 »De este modo serás un igual mio
 »en el honor y mando. Mi respuesta
 »Ajax y Ulises llevarán; tú pasa
 »aquí la noche en regalado lecho,
 »y así que empiece á clarear el día,
 »consultaremos si volver á Grecia
 »debemos, ó quedar en esta playa.»
 Así Aquíles decia, y á Patroclo
 hizo señal de que mullido lecho
 á Fénix dispusieran las esclavas,
 para que así los otros enviados
 se retirasen. Advirtió la seña
 Ajax de Telamon, y á Ulises dijo :
 «Vamos, Ulises, ya ; que con discursos
 »nada conseguiremos, y conviene
 »ir á dar la respuesta á los Aquivos,
 »aunque grata no sea; que impacientes
 »esperándola están. Abriga Aquíles
 »dentro su pecho corazon de fiera ;
 »pues de sus camaradas, obstinado,
 »ni la amistad respeta, ni se cura
 »de que siempre nosotros en las naves
 »acatado le habemos sobre todos.
 »¡ Desapiadado! Hay hombre que recibe
 »por la muerte del hijo ó del hermano
 »el convenido precio, y permanece
 »en la ciudad el matador tranquilo,
 »satisfecha la multa cuantiosa,
 »y su cólera calma y de la injuria
 »se olvida el que la multa ha recibido ;
 »pero á tí las Deidades infundieron
 »dentro del corazon alma inflexible
 »y dura. Estás colérico y furioso
 »porque una sola esclava te quitaron,
 »y yo siete, de todas las más bellas,
 »te ofrezco Agamenon y de alto precio
 »muchas alhajas. Tu rencor ya cese,
 »y el hospedaje y la amistad respeta ;
 »que entre todos los Griegos elegidos

»estamos en la tienda, y cual ninguno
 »de los otros Aquivos ser queremos
 »tus amigos más fieles y más caros.»
 Respondió Aquíles : «¡ Campeon valiente,
 »Ajax de Telamon, alto caudillo !
 »No negaré que al corazon agrada
 »lo que dijiste ahora ; pero mucho
 »en cólera mi pecho se enardece
 »cuando me acuerdo de la atroz injuria
 »que me hizo Agamenon, como si fuera
 »yo el villano más ruin. Volved vosotros
 »y decid mi respuesta á los Aquivos,
 »y es que jamás á las sangrientas lides
 »yo volveré hasta que Héctor á las tiendas
 »llegue de los Mirmídones y naves
 »matando Griegos, y á quemar empiece
 »las otras naos. De la tienda mia
 »y mi navío cuando ya esté cerca,
 »por más que embista furibundo, espero
 »que se abstendrá de pelear conmigo.»
 Dijo, y tomando la redonda copa,
 la libacion hicieron los legados,
 y á sus tiendas y naves se volvieron
 guiados por Ulises ; y Patroclo
 á los donceles dijo y las esclavas
 que á Fénix prontamente aderezasen
 mullida y blanda cama. Obedecieron :
 y de ovejas tendidas muchas pieles
 y de lino finísimas cubiertas,
 y un tapete de púrpura, el anciano
 allí esperó que con su luz al orbe
 iluminase la divina aurora.
 Tambien Aquíles, en la más secreta
 parte del pabellon, subió en su lecho,
 y su lado ocupaba una cautiva
 que de Lésbos trajera, la graciosa
 Dióneda, nacida de Forbante.
 Con Patroclo tambien estaba Ifisa,
 hermosa jóven que le diera Aquíles
 cuando á Sciros tomó, ciudad murada
 por el Rey Eníeo defendida.
 Cuando aquellos llegaron á la tienda
 de Agamenon, los otros capitanes,
 levantándose todos de sus sillas,
 en áureas copas delicioso vino
 les presentaron. Y preguntas varias
 haciéndoles, de todos el primero
 Agamenon solícito inquiria
 lo que Aquíles hubiese respondido.
 «¡ Explicate (decia), noble Ulises,

»honor de Grecia! ¿De las naves quiere
 »alejar el incendio, ú obstinado
 »se niega, y en su pecho generoso
 »aún la funesta cólera domina?»
 Y Ulises dijo al adalid supremo :
 «¡ Atrida glorioso, de las tropas
 »alto caudillo, Agamenon! No quiere
 »el agravio olvidar, y cada día
 »más en ira se inflama. Te desprecia
 »á tí y á tus regalos, y nos dijo
 »que deliberes tú con los Aqueos
 »y veas de salvar las otras naves
 »y la hueste de Grecia; y amenaza
 »nos hizo de que apenas se descubra
 »la aurora, al mar arrastrará sus naos.
 »Y añade que á los otros el consejo
 »diera tambien de que á la mar se entreguen
 »y vuelvan á su patria, pues la ruina
 »ya no verán de la soberbia Troya ;
 »que Jove con su diestra la defiende
 »y valor en sus tropas ha infundido.
 »Esta respuesta dió, y aquí presentes
 »están, para decir si yo te engaño,
 »estos tres que conmigo se vinieron,
 »Ajax y los heraldos venerables.
 »Fénix de Aquíles se quedó en la tienda,
 »y allí reposará, que así lo quiso
 »el hijo de Peleo, y para Phtia
 »tambien saldrá mañana, si le place ;
 »que él no le llevará, si lo rehusa.»
 Así dijo, y quedaron en silencio
 todos sin responder, y consternados
 al escuchar tan áspera respuesta.
 Y largo tiempo tristes y abatidos,
 y sin hablar, los Reyes estuvieron,
 hasta que al fin el bravo Diómédes
 el silencio rompió, diciendo airado :
 «Ojalá, Agamenon, que nunca hubieras
 »rogado al hijo fuerte de Peleo,
 »dádivas ofreciéndole preciosas.
 »Él de su natural es orgulloso,
 »y ahora su altivez has aumentado.
 »No ya más de él hablemos : que se vaya,
 »ó que se quede. Á la batalla un día
 »él tornará cuando el valor nativo
 »su pecho inflame ó la Deidad le envíe.
 »Haced ahora lo que yo dijere,
 »y mi ejemplo seguid. Al dulce sueño
 »os entregad, las fuerzas reparadas
 »ya con el alimento y la bebida ;

»y cuando empiece á clarear la aurora,
 »delante de las naos tú reúne
 »soldados y caudillos y á la gente
 »anima á pelear, y tú el primero
 »combate entre los fuertes campeones.»
 Dijo, y los otros Reyes aplaudian,

el discurso admirando del fogoso
 Diomédes. Y á sus tiendas todos ellos,
 hecha la libacion, se encaminaron,
 y en el lecho de mano de los Dioses
 el alto don del sueño recibieron.

LIBRO DÉCIMO

ARGUMENTO

*Agamenon su ruina imaginando,
 despierta á los caudillos de su mando.
 Resuelven que en tal lance convenia
 fuese al troyano ejército una espia.
 Van Diomédes y Ulises con presteza,
 y aquel corta al rey Rheso la cabeza.*



Los otros capitanes de los Dánaos
 dentro de sus tiendas, al poder ren-
 didos
 del sueño delicioso, aquella noche
 descansaron, y sólo el infelice
 Agamenon del plácido reposo
 no disfrutó; que inquieto revolvía
 muchos tristes cuidados en su mente.
 Cual, si el esposo de la bella Juno
 enviar quiere la copiosa lluvia,
 ó el granizo, ó la nieve que los campos
 todos blanquea, ó en alguna parte
 abrir medita la espantable boca
 de cruda guerra, en repetidos fuegos
 el relámpago brilla; tan frecuentes
 Agamenon, inquieto y desvelado,
 suspiros arrancaba dolorosos
 del corazón, y sus entrañas todas
 trémulas en el cuerpo palpitaban.

Si los ojos volvía á la llanura,
 se acobardaba las hogueras viendo
 que numerosas en el campo ardian
 delante de los muros, y de flautas
 al escuchar y dulces caramillos
 la resonante voz y el ruido sordo

que hacian los Troyanos. Si á las naves
 miraba y á la hueste de los Griegos,
 los cabellos furioso se arrancaba,
 á Júpiter que mora en las alturas
 vuelta la vista, y en gemido triste
 el corazón valiente suspiraba.
 Y algun alivio á su dolor buscando,
 ir á la tienda resolvió de Néstor,
 para ver si un consejo saludable
 éste le daba que salvar pudiese
 á todos los Aquivos. En el lecho
 se incorporó y la túnica se puso,
 y ajustando á los piés ricas sandalias,
 se cubrió con la piel, en sangre tinta,
 de un tostado leon y corpulento
 que del cuello al tobillo le llegaba,
 y su lanza empuñó. No ménos triste
 estaba Menelao, y en sus ojos
 no se asentaba el sueño, porque mucho
 temia que los Griegos pudiesen
 despues que por vengarle atravesaran
 tan dilatado mar, y á los Troyanos
 movido habian tan terrible guerra.
 De un leopardo con la piel manchada
 cubrió los anchos hombros, y poniendo